

LOS MALETILLAS

Ellos seleccionaban un toro desde lo alto del muro divisorio de las cuadras grandes no techadas y, con ayuda de largos palos, lo hacían entrar a uno de los tentaderos a través de los curvos corredores, manejando con soltura las pesadas puertas de hierro oxidadas. Procedían con una diligencia y una eficacia que envidiábamos porque nosotros también tratábamos de hacer lo nuestro con la misma rapidez. Eran varios, compenetrados. Ya encerrado el animal en la pequeña plaza practicaban con él los lances y aprendizaje del toreo, estimulados por el temor de que aparecieran los guardas jurados, que ya para entonces tiraban con plomo. Hacían turnos de vigilancia, uno apostado siempre en lugar debido. Con suerte todos podían ensayar algunas horas y sólo en las noches de luna sonriente, cuando su palidez hacía que todo pareciera ocurrir en otro mundo. No tenían mucho espacio para el desafío por lo que la relación con la fiera estaba llena de complicidad, como amantes en litigio. El toro era un borrón de energía, sus cuchillas afeitando la sombra esquiva. Sin banderillas ni puyas ni capotes, la bestia limpia de dolores, su fuerza intacta. Sólo el rojo crespón llenando de engaños el ojo ávido. Los maletillas, ágiles y delgados, dibujaban figuras airoosas e ingravidas siguiendo los compases de una música que sólo ellos oían. No tenían rostro y nos parecían totalmente mayores pese a su corta adolescencia. Desde nuestra niñez menguada les envidiábamos, queríamos ser como ellos, tener su energía y valentía. Pero en el inmenso Matadero Municipal de Madrid nosotros, los tres amigos de ocho años, sólo podíamos robar las bellotas a los cerdos, descolgándonos por los grandes ventanales de las naves techadas. Normalmente lo hacíamos las noches sin luna, cuando la oscuridad nos prestaba su protección. Pero a veces urgía hacerlo con el cielo iluminado y entonces coincidíamos en el mismo tiempo furtivo. Los maletillas nos dejaban mirar en silencio, nosotros agarrados como el musgo en los bordes planos de los muros separadores de las cuadras, para disfrutar de lo sublime, como esa noche.

Debían ser andaluces porque mi madre decía que todos los toreros eran de Andalucía y que venían desde su lejana tierra a Madrid caminando cientos de kilómetros en busca de la gloria. Vendrían de hogares desdichados porque sus ropas estaban ajadas y llevaban alpargatas raídas. En eso eran como nosotros. Pero no vivían en el mismo barrio pobre; aún sin rostro los hubiéramos reconocido por el día. Quién sabe dónde guarecerían sus cuerpos durante su ilusionado envite a la vida.

Él era distinto, el pelo de fuego como si el sol le hubiera dado un préstamo. Con su pecho brillante de labor sudada se apropiaba siempre de mis ojos y me conducía a un torbellino en el que todo desaparecía salvo su fulgor. En la barriada de hambre sin tregua, aún los ecos de la reciente guerra, nunca pude ver tanta belleza plástica como la que él proyectaba en esas noches de luna grande.

Y de pronto la conmoción.

-¡La brigadilla!

Venían entre los pasillos abiertos, estaban casi encima. Todos escapamos saltando el grueso muro exterior que daba al Paseo de la Chopera, totalmente desierto a esas horas, mientras los proyectiles silbaban. Nosotros por la parte menos alta y ellos, el objetivo de las frías ordenanzas, por cualquier sitio, como trapevistas, dominadores del espacio. El chico de pelo incendiado tropezó y cayó al foso. Cojeando esquivó al toro, subió la pared y fue hasta el muro. Dio un salto y su destino le alcanzó en el aire.

Yo le vi quebrarse en la luz blanca como un muñeco roto, enganchado en las balas. Le vi caer luego como una cerilla encendida dejando un rastro de colores mientras los ecos de los estampidos se incrustaban para siempre en mi memoria.

Joaquín M. Barrero